

MUNDOS PARALELOS

Sus momentos eran efímeros e intensos, tan salvajes que ese recuerdo de solo una vez a la semana era suficiente para esperar con ansias el próximo encuentro.

Malena se enamoró de Lucas sin cuestionar nada, sin importarle su pasado o su presente, ella no preguntaba, no era su tarea. Cuando lo vio entrar, sólo bastó mirarlo para darse cuenta de que era diferente a todos los que había conocido; a todos los que habían pasado por su cuerpo tantas tardes en aquel oscuro cuarto de hotel.

Lucas, nacido de un juez prestigioso y una abogada exitosa, era hijo único y mimado. Se recibió de abogado sin plantearse nunca si era lo que quería, o si era el sueño de sus padres tener un heredero que pudiera trascenderlos en la profesión. Él, siempre tan dócil y tan políticamente correcto, estaba inmerso en una realidad colmada de vacíos existenciales.

Llegó esa primera vez con miedo y angustia, nunca había estado en un lugar como aquél. No sabía muy bien por qué lo hizo, tal vez la soledad fuera la culpable. Ella lo invitó a entrar, él quiso irse, pero ella se lo impidió y casi sin darse cuenta estaba sintiendo tanto placer que sus gritos enmudecieron las bocinas de los autos y el afuera dejó de existir.

Malena era bella, sus ojos negros y su cabello oscuro impactaban, era difícil que pasara desapercibida, una sensación que había descubierto desde niña, cuando parecía que todos la miraban en ese perdido pueblo correntino. Juan, el amigo de su padre, no tardó en darse cuenta de lo mismo y la indujo a esta forma de vida no elegida, y de la que cada día le resultaba más difícil alejarse.

Lo que Lucas pensó que no volvería a repetirse, se hizo una costumbre todos los martes a la misma hora. La diferencia entre ellos era abrumadora, sin embargo, en ellas se reconocían; y lo que parecía ser una simple transacción de placer, se convirtió en encuentros donde no siempre el sexo era lo que primaba, a veces solo abrazos, palabras y la inigualable sensación de libertad que cada uno experimentaba.

Luego, él se iba y ella se quedaba con una profunda sensación de ausencia que ocultaba cuando un nuevo cliente abría la puerta; para Lucas tampoco resultaba sencillo regresar a su mundo del cual cada día se sentía menos parte.

Sonó el celular, era su esposa, no quería atenderla, pero lo hizo. ¿Dónde estás?, le preguntó, otra vez te olvidaste ¿verdad? Lucas no supo qué responderle. Ella siguió inquiriéndolo. Hoy es el acto de Lucía, cómo siempre no te acordás de nada; te espero en el colegio, le dijo y le cortó abruptamente.

El respetable doctor Montes llegó a tiempo a la escuela, saludó amablemente a todos y mientras su cuerpo estaba allí, su cabeza permanecía en ese cálido cuarto de hotel. Una vez más cumplió con lo que correspondía.

El cargo de fiscal lo esperaba, faltaban sólo detalles para lograr el objetivo, un paso fundamental en su carrera. Su bonita esposa, de una familia tan prestigiosa como la suya, le había sugerido presentarse para ese cargo, consideraba que era importante para él y para ella.

El martes llegó y a las siete en punto se reunieron, él le contó sobre todo lo que había sucedido en la semana y ella una vez más lo escuchó atentamente; luego sus cuerpos se mezclaron intensamente y el perfume caro de él impregnó su ser sediento de amor.

Malena lo supo desde siempre, nunca sería posible tenerlo sólo para ella, pero distanciarse le era imposible y continuó el juego, mientras su cuerpo seguía el vaivén de otros.

Lucas, llegó a ser fiscal y luego juez de cámara, un hombre prominente de la sociedad, un padre ejemplar, y un buen marido, sólo bastaba tener algo de sexo y darle una buena vida y un buen apellido a su mujer; a ella no le interesaba nada más, también tenía su propia historia oculta.

Malena fue envejeciendo, su cabello negro se encaneció lentamente como el de Lucas, pasados los cincuenta no pudo continuar como siempre, los jóvenes ya no la elegían, sólo él siguió haciéndolo, no sólo los martes, sino la mayor parte de los días. La habitación de hotel mutó a un pequeño departamento, sencillo, donde ella lo esperaba cada vez que sus obligaciones lo dejaban, con la libertad de ser ellos mismos, sin prejuicios, sin hipocresías.

Los nietos llegaron a la vida de Lucas, y junto al paso del tiempo, su jubilación y su libertad. Lo dejó todo, por primera vez en su vida lo políticamente correcto no le importó, la mirada de los otros tampoco, solo bastaba estar con ella. Sus encuentros cotidianos, sin ataduras, entre sábanas revueltas de sexo atenuado y abrazos intensos fueron esta vez sin tiempo y sin apuro.